

# EL SANTUARIO

*Retorno del ser a sus  
orígenes*



*¿Has iniciado ya tu viaje?*

**Robert Fridnand**

# EL SANTUARIO

*Retorno del ser a sus  
orígenes*



# EL SANTUARIO

*Retorno del ser a sus  
orígenes*

*Robert Fridnand*



El santuario. Retorno del ser a sus orígenes

Edición: Roberto Fernández-Acosta

Radael Fernández Quintero

Diseño de cubierta: Roberto Fernández-Acosta

Diseño interior: Roberto Fernández-Acosta

Corrección: Roberto Fernández-Acosta

Claudia Ribalta Contreras

Emplante: Roberto Fernández-Acosta

Copyright © 2021 Roberto Fernández-Acosta. Todos los derechos reservados. Publicado por Editorial *Homo litteratus*.

ISBN (tapa blanda): 978-1-7360058-0-4

La Habana, Cuba

Blog del autor: <https://www.feyliteratura.com>

Registro de la obra:



También registrada en CENDA (1498-11-20)

## *Dedicatoria*

*A mis amigos: Irene, Jo, Paul, Alejandro y Sofía,  
de quienes soy deudor en la fe*



# Índice

<i>Prefacio</i>	9
<i>I Mi religión</i>	13
<i>II Un consejo inesperado</i>	31
<i>III Una oferta más que inesperada</i>	49
<i>IV Prometeo esparce fuego</i>	63
<i>V Teorías del caos</i>	75
<i>VI Dioses y siervos</i>	91
<i>VII Confesiones</i>	113
<i>VIII Restauración</i>	129
<i>IX Nuevos amigos</i>	143
<i>X El santuario</i>	159
<i>XI El secreto de los Harson</i>	175
<i>XII El ser y Dios</i>	189
<i>Epílogo</i>	207







## Prefacio

**L**levo 51 años a bordo del *Beagle*. Mi expedición me ha llevado a los más recónditos lugares del ser. He estudiado con detenimiento a la especie humana y, aunque no soy especialista en el tema, mi constante observación me ha guiado a los hechos que develan su origen. El «misterio de los misterios» ha sido revelado, pero la criatura obstinada se niega a entenderlo. «Quien no se busca, a sí mismo no podrá encontrarse y pasará una vida desconociéndose». Quien se encuentra aprende todo lo que necesita de sí y emprende a toda vela el viaje de retorno a su origen. Cada mujer y hombre que en fe acepta a su Creador no desea más que ser recreado del polvo y recibir otra vez el soplo que le devolverá la vida a imagen de su Señor. El hombre es criatura gloriosa



que ha caído en deshonor. Es semilla que niega la tierra que le da vida y solo cuando el milagro de la regeneración ocurre, la abraza y fructifica.

Se me ha pedido con insistencia escribir la historia de mi viaje. Me había negado hasta hoy. ¿Quién soy para servir de ejemplo o lección a otros? Entonces, una vez más comprendí: no es mi persona, sino los hechos de mi Salvador en ella. La historia del redimido no es la del hombre que marcha solo con su mundo y con sus fuerzas, es la del ser que por gracia se rinde y abriéndose a la cruz se abre a la constante intervención del Dios que lo ama y sustenta. Así fue como accedí a novelizar treinta años de expedición y descubrimientos. Notará el lector cuán perdido anduve y cuán ingenioso plan me renfiló. Se deleitará junto a mí con mis amigos, aquellos espejos que reflejando la gracia me bañaron de ella. Sufrirá conmigo y quizás hasta se indignará, pero como yo será rescatado y saciado del amor divino.

Esta es también la historia de El Santuario, de cómo juntó Dios a hombres y mujeres comunes para fundar un ministerio sublime. Veinte años de trabajo intenso nos han permitido participar de los frutos: hemos sido testigos de navíos cambiando el rumbo de su ignorancia y rebeldía para poner proa hacia su regreso a Dios. Muchos nos saludamos con gran



alegría desde nuestras barcazas; a otros, que se adelantan demasiado, despedimos con tristeza enorme, pero también con esperanza firme; mientras que no cesamos de llamar a quienes persisten en navegar a contracorriente. El Santuario ha sido hasta hoy desde un faro, un punto de alerta para el retorno, hasta un astillero, donde procuramos que cada piloto haga de su ser un santuario para Dios (o lo repare) y desande así las millas que lo alejan de su Salvador.

Doy la bienvenida al lector a este repaso de reflexiones y sucesos pasados. Lo insto a dejar que nuestras travesías de ayer sean un impulso para su viaje de hoy. Sabrá Dios usar una vez más nuestras historias para conmover y movilizar a quien se halle en ellas en modo alguno reflejado.

Nuevos vientos se avecinan. El origen se instituye como meta. La criatura retorna al deleitoso encuentro con su Creador. El santuario se erige, Dios lo habita. El ser por fin se siente pleno, espera activo su hogar definitivo. Los cielos se gozan, imparten justicia. La tierra se renueva. La creación adora libre de dolor. Y una gran voz anuncia: ¡Mira, el tabernáculo de Dios está entre los hombres para siempre jamás!

Robert Fridnand

12 de agosto de 2020





## I

# Mi religión

*<<Me sentía como si la vida hubiera estado experimentando conmigo para estimar el umbral de desengaño capaz de soportar un individuo antes de renunciar a su religión>>.*

**P**rometía ser una de las tardes más aburridas de la primavera de 1998. Puerto Grande, después del servicio dominical que las diferentes iglesias celebraban hasta el mediodía, lucía como un pueblo deshabitado. El domingo no solo era el día de culto, sino del sagrado retiro familiar. Solo al sosiego de la costa se podía acudir para, al menos ayudado por el viento y las olas, romper el silencio ensordecedor de aquel paraje de ensueño. Fue precisamente por estar ese lugar como detenido en el tiempo y en continuo letargo que decidí mudarme de mi anterior contexto citadino. Tenía mucho que pensar entonces; pero justo cuando había logrado con éxito mi cometido y



tanta tranquilidad dejaba de ser necesaria, encontré el amor y con él se duplicó (indeseadamente) mi necesidad de reflexionar, a la vez que desarrollé un odio agobiante contra el silencio. Al principio yo elegí estar solo, pero desde la partida de Irene la soledad me elegía a mí. Ese día no me reuniría con los Harson como de costumbre, aunque, gracias a Sofía que me había tomado como hijo sustituto y ni siquiera un viaje urgente la haría desatenderme, igual disfrutaría de una comida copiosa.

Al regresar de la playa, mi buen vecino Jake me llamó para entregarme una carta. Él trabajaba en las oficinas del ministerio cristiano misionero Misión al Interior de América (MIA) y con frecuencia me hacía llegar la correspondencia de Irene. Desde que oí su voz y vi el sobre en su mano, un potente flujo de energía me regresó a la vida. Lo abrí e inspeccioné antes de poner el primer pie dentro de casa y, para mi sorpresa, una vez más Irene había escrito solo para mí. Parte de mi conmoción se debía a que ese mes ya habíamos recibido carta suya, y nunca dos envíos llegaban tan próximos uno del otro. La lectura de las primeras oraciones me convenció de que todo estaba bien. Entré, me recosté en el sofá y empecé a devorar sus palabras, pero... más bien fueron sus palabras las que me devoraron. ¡Irene regresaba junto



a mí! Intenté, sin mucho éxito, calmar el éxtasis que me secuestró, y comencé a repasar, sin poder evitarlo, toda nuestra vida juntos desde que nos conocimos y antes.

Irene era bella y popular. Tan popular como suelen ser las hijas de ministros: bien educadas en el arte de vivir píamente, con una imagen siempre arreglada y llamativa y a la vez carente de extravagancias. Como toda hija de ministro ordenado, Irene también había desarrollado las típicas habilidades de plataforma y púlpito que hacían a los hijos encajar en la vocación pastoral de sus padres. Pero todo lo que Irene ejecutaba irradiaba una convicción y un amor profundos que superaban lo que se podía esperar de su edad. Sus ojos marrones y pequeños, su abundante pelo castaño y su sonrisa amplia y desinhibida, junto con una voz potente y dulce a la vez, eran en sí mismo un espectáculo delicioso cada vez que predicaba un sermón, o recitaba una poesía, o hacía una danza, o cantaba una canción acompañándose ella misma con el piano. Ella era la corona en constante exhibición de una familia que debía satisfacer con creces el ideal ético-religioso que se espera del alto liderazgo.

Tan solo contaba con dieciocho años cuando la conocí y, sin embargo, ya acumulaba un gran número de pretendientes que se sumaban por día. Unos más





motivados por la madurez sexual que no sabían contener; otros hechizados por el ser tan perfecto que contemplaban desde los bancos del templo; otros hasta impelidos por el placer de pertenecer a la noble estirpe pastoral. A mis veinticuatro años nunca me hubiera impresionado demasiado una jovencita que apenas salía de los altibajos de la adolescencia. De hecho, fueron necesarios dos años, y el último de ellos de mucha cercanía, para llegar a amarla, aunque era notorio que Irene tenía mucha más edad que la figurada en su registro de nacimiento.

Llegué a la iglesia de sus padres como rata escapada de laboratorio. Me sentía como si la vida hubiera estado experimentando conmigo para estimar el umbral de desengaño capaz de soportar un individuo antes de renunciar a su religión. Estaba lleno de heridas invisibles, no obstante, mi apariencia infundía más firmeza y sosiego que nunca antes. Fui mejor acogido de lo que hubiera esperado. Los pastores Alejandro y Sofía Harson vieron a un joven con potencial, con lo cual añadieron a su habitual generosidad la tarea de realinearme al ministerio. Lo cierto es que poco a poco me fui acercando más a la familia y a su radiante tesoro.

Solo Irene conoció el malestar que se gestaba en mí. Yo venía de una vida ministerial muy activa.



Trabajé dos años en el campo misionero y también desempeñé otras funciones en la iglesia a la que pertenecía. Pude ver cómo gente sencilla se acercaba a Dios con sinceridad y total arrepentimiento de una vida llena de vicios ruines. Era un pequeño pueblo rural. Apenas unos caseríos un tanto espaciados entre sí. Los hombres se entregaban al duro trabajo del campo desde el amanecer. Después de su jornada, el regreso a casa significaba la oportunidad de beber con amigos y, antes de rendirse por el sueño y el alcohol, disfrutar de algún placer sexual. Una vida muy simple donde el pecado era la rutina característica de la comunidad. De las mujeres, algunas vivían emancipadas como hijas de su época y se dedicaban mayormente a la crianza de animales para subsistir; otras jugaban el rol heredado de sus progenitoras de la típica esposa que vive para complacer y disculpar en todo al hombre de la casa. En este arcaísmo, fui testigo de conversos que abandonaban el alcohol, de mujeres que dejaban de venderse o llevar vidas licenciosas, de hogares en los que desaparecía la violencia. Fue sorprendente cómo algunos de esos pueblerinos volvían a ejercitar el perdido arte de la lectura con afán de conocer la Biblia, al igual que transformaban sus tonadas vulgares en sentidas alabanzas. Aunque mi éxito en esa misión no fue rotundo —solo quince



fieles y otros tantos simpatizantes—, era un trabajo que prometía devolver mayores frutos en respuesta a una labor más dedicada.

El periodo que compartí con ese pequeño grupo fue bueno, en verdad, hasta que se hizo insostenible la duda. Si por una parte el éxito incipiente entre gente humilde testificaba de un poder sobrenaturalmente transformador, por otra, la interacción con los campeones de la fe que me rodeaban me sugería que tales resultados no superaban a los que lograría un filántropo consagrado, pero sin más religión que prodigar amor. Sí, por primera vez en toda mi vida sentí que perdía mi fe. Mis convicciones en el Todopoderoso redentor iban quedando remplazadas por una visión utilitarista de la religión. No dudaba del beneficio que podía aportar una comunidad que profesara el amor entre sus miembros, ni de un mensaje que traía esperanzas contra las penurias de la vida y colmaba a su usuario de suficiente pensamiento positivo como para intentar vivir mejor. Así me convencí de que el cristianismo bien practicado era solo una especie de educación comunitaria con una misión moralizante supervisada por un dios invisible e inexistente pero tododotado de virtud; una ideología positivista que funcionaba como aliciente ante un universo carente de significado y caprichoso e impredecible a la hora



de propinar dolor o felicidad. Hoy, aún con tristeza, veo cuánto desvariaba en mi error.

Ese fue el joven «prometedor» que se adentraba en la respetada familia pastoral de la iglesia de Puerto Grande. Si bien al inicio había intentado alejarme de todo vestigio de religión, al final me convencí de mi necesidad por una religión atea. Así que seguí haciendo lo que en definitiva había practicado toda la vida: me reunía con creyentes, cantaba y oraba en público —y hasta a veces en privado (me hacía sentir bien)— leía la Biblia (siempre me resultó extraordinaria) y hasta recomendaba a otros seguir esta vida. También puse límites a mi cinismo piadoso: aprendí muy bien el arte de callar. No me atreví nunca a desalentar a nadie con mis ideas. Entendí que cada quién debía ser libre para entregarse a este camino de la manera que quisiera sin importar cuán ingenua pudiera ser. ¿No era acaso el mérito de la religión otorgar felicidad a sus consumidores? ¿Quién era yo para establecer la forma en que esta debía ser adornada y entendida? Solo me molestaban los excesos de autoridad que ocasionalmente provenían de las puntas de la pirámide, y aun ante ellos callaba. Como mismo nadie se comería la salsa que le resultara demasiado picante, no veía necesidad de intervenir con mi clarividencia. La sumisión parcial o total a los rigores



propugnados podía ser ventajosa para alguien hasta que entendiera lo contrario y adoptara otra posición más conveniente. Asimismo, rechacé cada una de las propuestas de participar desde el púlpito en el culto público. Sabía que mi desenfado me haría hablar de más. Entonces, perdería la imagen de sujeto virtuoso y reservado que con extraña facilidad difundía y, al final, mi lugar en la comunidad. Mi único interés era gozar de amigos sanos cuyas normas morales compartía y, llegado el momento, encontrar una esposa fiel y dedicada.

La amistad de Alejandro y Sofía fue la confirmación que necesitaba para convencerme —ahora con el peso de la evidencia y no solo con el de las ideas— de lo acertado de mi postura. Sentí «orgullo santo», así me dije un día a mí mismo cuando reflexionaba en los logros de mi posición. Imbuido como estaba en la fraseología cristiana, añadí el término «santo» a la jactancia que reconocía en contra de todos los cánones. Tanto se convencieron de mi callado pero íntegro proceder en fe que no opusieron la menor duda ante el amor bien correspondido que sentía por su hija. Ella entonces tenía veinte y yo justo arribaba a mis veintiséis, edades que se ajustaban bien a un matrimonio tras un año o menos de noviazgo según la usanza cristiana occidental. El inicio de mi relación



con Irene significó para mí la consumación de mis mayores ideales de vida buena. Lo tenía todo: amor fiel y apasionado, amigos leales, una microsociedad ejemplar y los restantes aspectos de mi vida también se beneficiaban de la paz que conseguía con los primeros. Todo esto creí haberlo ganado por haber sido tan buen aficionado a la religión del bien. Ahora comprendo —y cuánto me maravillo— que la misericordia de Dios obraba por medio de mi impudicia.

El amor creciente por Irene (ahora mi prometida) me devolvió, sin embargo, a la desdicha del primer tiempo, cuando me decepcioné de la religión. Al amarla más, la pureza de su fe me hacía sentir miserable e hipócrita, sobre todo cuando estaba a su lado. En algún momento hasta intenté desmontar todo el sistema de razonamientos que ya llevaba años construido. Sí, por ella deseé volver a creer en Dios. Traté de verlo tan real como el brillo de los ojos de mi amada cuando hablaba de Él. Pero eso fue tan imposible para mí como es para un adulto inmerso en cuestiones terrenales percatarse del «elefante que está siendo digerido en el interior de una serpiente boa». Irene era real y hermosa en todos los sentidos, su amor por mí era real y puro, su fe era real y digna. ¿Cómo podía autosugestionarme lo abstracto que ya había rechazado si tenía en frente lo real-palpable que



tanto me satisfacía? Su fe me deleitaba porque representaba los ideales de virtud por los que había apostado, pero me laceraba al hacerme quedar mentiroso frente al ángel cuya mirada ya no podía soportar.

No logré evitar que ella notara la angustia que me acosaba. Su pregunta sobre qué estaba cambiando mi actitud fue hecha con el malestar de quien se siente golpeado y no sabe por qué. Tampoco pude eludirla. Recuerdo bien ese momento... Estallé frente a ella.

—Amor, me duele tanto dañarte —le dije—. Pero ya no sé qué hacer. Si callo, exploto y tú lo notas. Si confieso, también te heriré. Solo quiero que sepas que jamás te haría sufrir intencionalmente.

—El dolor más insufrible siempre será el que proviene del engaño —contestó ella—. Anda, amor, cuéntame qué te sucede. Yo seré toda oídos y sabré entenderte. De todas formas, aunque no lo creas, nada de lo que digas me sorprenderá demasiado. He aprendido a mirar en tus ojos y desde hace tiempo percibo que te traicionan cuando estamos juntos. Dime, ¿qué te impide amarme con libertad?

—Irene —dije en tono suave como quien modula la voz para iniciar un largo discurso—, primero tienes que saber que la vida cristiana allá afuera no es tan perfecta como tú supones. Vives en un hermoso



hogar y todo lo que conoces es la religión administrada por tus padres, los cuales siempre te protegerán y nunca harán nada que te dañe. Sé que no eres una niña incauta y que habrás tenido que lidiar más de una vez con situaciones difíciles propias de la maldad humana, pero no me refiero solo a eso. Yo hablo del engaño, o más bien el fraude, enquistado en el corazón de creyentes eminentes. En un inicio los culpaba y arremetía contra ellos como si de casos aislados se trataran, luego me fui convenciendo de que tanta piedad bíblica no era más que un pretendido ideal del que había que presumir para mantener la impuesta imagen de hombre o mujer todolleno de Dios. Así, pasaron de ser el objeto de mi acusación al de mi compasión. Creían que mantener su posición implicaba sobrepasar a toda costa la moral media de la congregación y lo único que lograban era ocultar una vida de problemas humanos que, precisamente por encubrirlos, se convertían en atrocidades crónicas cada vez más dañinas. ¿Pero dónde estaba el Espíritu santificador y sus frutos de gracia? ¿Es que todos eran simples farsantes en los que la fe no podía funcionar? No, entendí que no. Cuando un hombre o mujer lo apuestan todo por un ideal erróneo, así es como terminan: confundidos y defraudados de pies a cabeza. Algunos, como yo, despiertan; otros





persisten culpando a alguien más o a sí mismos por sus inconsistencias. El caso es, mi querida Irene, que determiné que ese trato sobrenatural de Dios con el hombre no podía ir más allá del deseo y la posibilidad humana de automejorarse. También conocí a muchos ateos con vidas tan dignas como para retar al más aclamado de nuestros iluminados guías, y ellos no tenían por qué fingir. Sabían tomar decisiones difíciles y terminantes con tal de vivir una vida plena y que a su vez también lo fuera para todo el que los rodeara. Así, tomé por más estimable la actitud de aquellos «sin dios» que todos los irrisorios esfuerzos de los cristianos más prodigiosos. Los primeros me parecían valientes y consecuentes con la realidad; los segundos, cobardes extraviados y patéticos como hormiga que lucha por escapar de lo que es para ella un océano infranqueable, con la única diferencia que el insecto lucha por la vida y ellos, por la apariencia de consecución de un ideal fanático.

»Con todo, aún creía en Dios, quizás uno más distante y parecido al de los deístas, pero, con total seguridad, más interesado en el amor y la sinceridad que en estrictas normas morales inalcanzables.

»De haber quedado todo ahí, seguiría siendo un cristiano más bien convencional y tal vez a la larga seducido de nuevo por la jerga general. Mas no fue



así. Y aquí también, Irene, tú has sido muy privilegiada. Reconozco que todavía no lo sé todo sobre ti, pero, si no me equivoco, en tus casi veintiún años de vida no has tenido que enfrentar ningún evento tenebroso en verdad. El azar de un mundo ingobernado aún no ha trocado tu visión pueril del cristianismo. No te ofendas, mi ángel, pues esa misma puerilidad combinada con buen juicio y sensatez —así de extraña y especial eres— me sedujo y enamoró profundamente de ti.

»Pero basta que algo te toque de cerca para que abras los ojos al caos irreparable que nos circunda a diario. Experimenté el «tropiezo de Asaf» sin que la reflexión teológica me levantara o me impidiera caer. ¿Cómo puedo concebir este universo como una realidad creada con intenciones gloriosas? ¿Cómo puede existir un orden moral objetivo? ¿Cómo puede haber, en definitiva, un Dios o supremo guardián? Sé que hay respuestas para estas cuestiones, pero las hallé tan vacías como la supuesta gran moral de los dirigentes religiosos: más un intento de salvaguardar clichés que de exponer la verdad. La muerte y las desgracias, así como la dicha, son aleatorias. Solo podemos inclinar, por un tiempo, la balanza de las probabilidades hacia un estado, pero se impondrá al final la ley del caos, la única que gobierna este



mundo y quizás la única que merezca veneración aun cuando por ello no cambiará su impredecible accionar. No hay más justicia en esta tierra que la que puedan imponer sus únicos seres conscientes. No hay más futuro que el que pueda legar una generación a la otra. No hay más virtud que la que garantice la supervivencia de la manada. La naturaleza que se autocreó es quien gobierna, a la vez que nos estimula a crearnos ilusiones de un gobierno propio mediante deidades inventadas, aunque revestidas de lo mejor del ideal humano. El verdadero creador siempre muestra su faz, pero muchos prefieren evitar su potente incandescencia para crearse un dios que, aunque estricto y segregador como quien le dio la vida, es manipulable y predecible. Entonces, Irene, aunque solo por breve tiempo, vi en la religión un verdadero opio, pero no uno que produce analgesia, sino que desorienta y destruye, como la ilusión que pone en peligro la vida del sonámbulo y de quienes lo rodean. Pero no todo fue negativo. Conocí a buenos «durmientes» que parecían llevarse muy bien con la vida. Ellos, a diferencia de mí, no hallaban razones para pelear contra la fe. No se sentían desencantados por nada ni nadie. Simplemente les iba bien. De ahí comprendí que la religión podía ser un buen anestésico contra las incongruencias de la naturaleza;



una creación social, similar a la jurisprudencia y al deporte, que le vino a la humanidad como un mecanismo de supervivencia y adaptación a las inclemencias de un mundo salvaje. Y empecé a amar de nuevo a quien había decidido odiar. No tenía sentido oponerme a lo mejor de nuestra herencia ancestral, sabía que era necesaria. Sí, todos necesitamos la religión. Todos hemos evolucionado para sacar provecho de ella de alguna manera. Unos disfrutan desde adentro su dulce letargo; otros sacan partido de la bondad de los devotos; otros se han hecho famosos por criticarla o reformarla y, como en toda creación social, cada hombre y mujer contribuye, conscientemente o no, a adaptarla a las necesidades de los tiempos. Tampoco faltan los que la usan como disfraz para cometer actos vergonzosos y hasta violentos, como el criminal que se aprovecha de la sala de juicio para ahondar sus ganancias y se las ingenia para burlar la justicia de la corte. Estos merecen ser castigados con severidad, en primer lugar, por el alto crimen de usar convenciones sagradas para ejecutar su vileza.

»Comprenderás, como es obvio, que dejé de estar enojado con Dios, aunque en realidad no sé si alguna vez estuve así. ¿Cómo me hubiera podido enojar o sentir cualquier emoción hacia quien no existe? Mi verdadera cólera fue contra mí mismo y mis expec-



tativas autosugestionadas, mas «cuando desperté, Dios todavía estaba allí». Ahora lo amo con pasión. Amo el recurso que la vida nos ha dado para sobrevivir a cualquier desgracia y mantener a los hombres más unidos. Amo el proyecto humano que siempre nos da esperanza y nos enseña a vivir en respeto y armonía. Reconozco que todavía la humanidad tiene que aprender a usar este tesoro para no causar división con lo que fue dado para unir, pero me contenta ver cuánto se ha avanzado en esto y cuán promisorio resulta el nuevo milenio que se acerca.

»Irene, mi amor, no importa cómo veamos a Dios. Tú crees en Él y yo también. Tú lo adoras y obedeces y yo también. Lo buscas y así hago yo. Oras, le cantas y lees absorta uno de sus manuales y así, como bien sabes, hago yo también. Caminamos por líneas convergentes y hasta nos podemos ver el rostro y estrechar las manos de lo cercano que andamos. Sentía temor de lastimarte y a la vez me dolía tener que ocultarte esto. Había decidido callar y no como quien guarda silencio por vergüenza, no, sino como quien sabe que una verdad es demasiado pesada para dejarla caer en hombros que no están preparados para ella y, además, sabe que la «no verdad» no es mala en sí misma y hasta puede transformarse espontáneamente en «la verdad». Yo seguiré callando



y nunca me opondré a la forma en que alguien esté siendo bendecido por Dios. No te hablo con cinismo, amor, nunca podría actuar así contigo y creo que con nadie. Tú, sin embargo, te fundirás conmigo en un solo cuerpo. Mantendrás tu mente y yo la mía, pero tan entrelazadas por el amor y su constante consumación física y emocional que nuestros pensamientos fluirán entre carreteras abiertas, y a cada arribo no habrá más que placer ante el mayor conocimiento del otro. ¡¿Te imaginas?! Cuánta dicha unirte más a ti y amar cada descubrimiento de tu ser. No solo besaré hasta el cansancio tu cuerpo desnudo, sino también tu alma libre de todo velo. Mi placer no solo será el éxtasis de un amor que se transmite poro a poro, caricia a caricia, sino mente a mente, pensamiento a pensamiento. Mi yo será tuyo y tú serás mi yo. Dos en uno y uno en dos. ¡Contéplame, Irene, sí, conoce al hombre que ya te ama tanto y sabe que te amará sin medida cada día más! ¡Cuánto agradezco a Dios por haberte puesto en mi camino! Te amo.

Así terminó mi diálogo con Irene aquella tarde. Fue más bien un monólogo porque ella, fiel a sus palabras, solo se dedicó a escucharme. Hablé con tanta exaltación que no noté hasta el final que sus hermosos ojos se habían teñido de verde ante el resplandor del sol, y que el brillo de sus lágrimas les



hacía irradiar más luz. Tal espectáculo me impulsó a besarla y a enjugar con mis labios los surcos de llanto que con lentitud se abrían paso por sus mejillas. Ella me correspondió con similar pasión, aunque prefirió abrazarme. Un abrazo tan cálido que nunca lo olvidaré. Unos minutos después me dijo con un rostro cargado de gran solemnidad: «Yo te amaré siempre en todas las formas posibles que una mujer puede amar a un hombre. Estoy, y Dios lo sabe, tan ligada a ti como si ya hubiéramos hecho votos sagrados ante su altar. Nunca lo olvides».

Sonrió, tocó mi cara y mis labios con ternura y se marchó hacia su casa junto con los últimos rayos de sol de aquel día. No lo noté entonces, pero sus palabras, que tanto hicieron regocijar a mi corazón, fueron su forma de decir adiós.

